

LA MEMORIA HISTÓRICA DE 1808 EN LA FUNDAMENTACIÓN AXIOLÓGICA DE NUESTRO ORDENAMIENTO JURÍDICO-CONSTITUCIONAL

por Lorenzo Peña

CSIC - CCHS - JuriLog
(Grupo de Estudios Lógico-jurídicos)
<<http://lp.jurid.net>>

*Conferencia pronunciada en Vicálvaro el 2009-04-21 en el Instituto de Humanidades de la
Universidad Rey Juan Carlos, en el marco del seminario «Bicentenario del nacimiento de
España como nación de ciudadanos (1808-1814)», dir. por Luis Palacios Bañuelos*

Sumario

1. La insurrección española de 1808, segunda guerra de liberación nacional
 2. La transmisión de los hechos del Dos de Mayo en la memoria histórica española: 1808-1978
 3. 1808 no constituye el momento inicial de la nación política España; el fundamento de legitimidad de la lucha patriótica
 4. Más sobre el paralelismo entre las revoluciones haitiana y española
 5. La recuperación de la memoria histórica de 1808
-

Para situar en su verdadera dimensión la revolución española iniciada el Dos de Mayo de 1808, voy a resaltar una serie de hechos que suelen preterir o subestimar los sectores de la doctrina historiográfica y de la opinión pública que rehabilitan hoy al gobierno intruso y a los afrancesados. Recordar esas circunstancias significa refutar sendas objeciones a la tesis histórico-jurídica de que estuvo justificado el levantamiento del pueblo de Madrid como un acto legítimo de resistencia a la opresión.

§1.— La insurrección española de 1808, segunda guerra de liberación nacional

En la historia contemporánea, después de la revolución haitiana del 13 de octubre de 1802, el segundo gran levantamiento de un pueblo contra la dominación extranjera y por su independencia nacional es la insurrección popular del lunes 2 de mayo de 1808 en Madrid.

Ambos alzamientos patrióticos se vieron coronados por el éxito; iniciarán una cadena de insurrecciones nacionales. A lo largo del siglo XIX algunas de ellas triunfarían (las de Serbia y Grecia contra el yugo otomano; la del pueblo mexicano contra la agresión de Napoleón III; la del pueblo etíope contra la agresión del

colonialismo italiano); pero en su mayor parte fueron derrotadas. Fracasó la del pueblo argelino contra Francia entre 1830 y 1860; fracasó la de la India contra Inglaterra; fracasó la revolución Taiping en China; fracasaron todas las demás guerras de resistencia anticolonialistas en Asia y África; fracasó incluso la revolución garibaldina en Italia (aunque fue la ocasión de la unificación italiana bajo la batuta de la casa de Saboya).

Sólo entrado el siglo XX tendrán lugar nuevas guerras de liberación antiimperialistas, varias de las cuales —no todas— acabarán triunfando; contiendas que — pese a las muchas diferencias— no dejan de guardar significativas semejanzas con la guerra de la independencia española de 1808-1814.

Al igual que la revolución haitiana, la griega, la china y cualquier otra, la española presenta aspectos múltiples, involucrando actores muy variados con motivaciones abigarradas y conflictivas —no pudiendo ser de otra manera cuando se trata de grandes movimientos de inmensas muchedumbres, que se desencadenan por algún factor particular (como suele ser la cólera de las masas frente a determinados hechos de agresión o un agravamiento de la opresión preexistente). En tales movimientos de masas se agitan siempre tendencias opuestas entre sí, coincidiendo en la acción grupos con posiciones y expectativas totalmente incompatibles unas con otras.

Es ese carácter calidóscopico y multiforme lo que ocasionará interpretaciones históricas divergentes. En algunos casos una determinada lectura se impondrá en la memoria colectiva del pueblo y vendrá a ser una vulgata o una ortodoxia consagrada, aunque nunca falten visiones opuestas o discrepantes. Cuando la lucha popular fracasó (como en China en 1850) o sólo alcanzó un triunfo relativo y oscilante —que es el caso de la guerra de la independencia española de 1808-1814—, el transcurrir del tiempo es propenso a las miradas críticas, en las que tienden a subrayarse los aspectos más desfasados del movimiento popular —según se mira éste retrospectivamente desde experiencias posteriores.

§2.— La transmisión de los hechos del Dos de Mayo en la memoria histórica española: 1808-1978

Fue polémica desde sus inicios la percepción que tienen los españoles del significado histórico del Dos de Mayo de 1808; pero, a raíz del derrocamiento del régimen intruso en 1813, la memoria colectiva del Dos de Mayo ha formado un núcleo del recuerdo histórico que ha contribuido a aglutinar a la nación española.¹

La percepción más positiva de la lucha popular del Dos de Mayo de 1808 se va a producir en los períodos liberales: los meses de 1813-1814 que preceden al pronunciamiento del general Elío en Valencia y a la entrada del rey en Madrid; el trienio patriótico de 1820-1823; los años de la guerra contra la sedición carlista y de

¹. V. Miguel Artola, *La guerra de la independencia*, Madrid: Espasa, 2007.

la regencia de Espartero (1833-43); los del bienio liberal que sigue a la Vicalvarada (1854-56); el sexenio revolucionario (1868-74). En esa exaltación se cometieron anacronismos —ya denunciados en su momento por intelectuales escrupulosos—, pero, al margen de tales errores, lo que se quiso convertir en un referente simbólico del pueblo español era un episodio de lucha contra la opresión y a favor de la legalidad.²

Entre esos períodos de fervor patriótico y de enaltecimiento del pueblo madrileño por aquel levantamiento del Dos de Mayo hubo otros en los que los poderes públicos rebajaron y enfriaron la conmemoración, principalmente: 1814-20, 1823-33, 1844-54, 1856-68 y, en buena medida, los decenios de la Restauración.

A pesar de esos altibajos, a lo largo del siglo XIX se mantuvo la conciencia colectiva de copertenencia a una nación española multisecular, cuya reciente epopeya independentista era un motivo adicional de aunamiento y de hermandad colectiva. Sólo en los años 70 de ese siglo empiezan a producirse algunos pronunciamientos discrepantes —sumamente minoritarios y aun aislados— que vienen de las incipientes filas del bakuninismo.

Más tarde, al borde ya del siglo XX, surgen los nacionalismos periféricos septentrionales que, naturalmente, son en seguida reacios a la idea colectiva de una nación española con un patrimonio cultural e histórico común y que cuenta en su haber con esa memoria colectiva de la gesta independentista iniciada en 1808.

Sin embargo, tales pareceres disidentes eran tan minoritarios que todavía la conmemoración del Centenario, en 1908, no viene empañada por la existencia de tales discrepancias, que pasan casi desapercibidas. Es verdad que *El Socialista* del 1 de mayo de 1908 tildaba a la fiesta del Dos de Mayo de «esencialmente burguesa» y de que «simboliza lo pasado, lo caduco»;³ para esos internacionalistas la conmemoración del Dos de Mayo evocaba el odio entre los pueblos. El mismo diario explicaba la presencia masiva del bajo pueblo madrileño en los actos conmemorativos del Dos de Mayo diciendo que los concurrentes era «la clase explotada del

² V. Christian Demange, *El Dos de Mayo: Mito y fiesta nacional (1808-1958)*, Madrid: Marcial Pons, 2004, p. 75: «La fecha de la gran mayoría de los textos reunidos muestra que el mito es una construcción [...] vinculada a la llegada del liberalismo al poder a fines de los años 1830 y a su afianzamiento en los cuarenta. Sin embargo, esta construcción sólo fue posible gracias a la existencia previa de un núcleo debido a la voluntad política de la España liberal de Cádiz de construir un imaginario liberal y nacional y de apoyarlo decididamente en el episodio madrileño». Esa tesis histórica la critica Ricardo García Cárcel en *El sueño de la nación indomable*, Madrid: Temas de hoy, 2007, p. 114: «Según Demange el mito popular se hace liberal hacia 1810. Ahora se invoca la lucha del pueblo por la dignidad del hombre libre. No creemos que haya tal metamorfosis. Ya hemos dicho que en 1808 estaban reflejadas ya las claves del discurso liberal gaditano». Y recuerda García Cárcel las ideas liberales —desde el inicio de la guerra de la independencia— de D. Álvaro Flórez Estrada, vocal de la Junta de Oviedo. Cabría añadir: Agustín Argüelles, José Canga Argüelles, Juan Romero Alpuente y Roberto Antillón (vocales, éstos dos, de la Junta de Teruel), Lorenzo Calvo de Rozas (representante de Aragón en la Junta Central), los hermanos Bertrán de Lis en Valencia (quienes desde el inicio de la lucha propusieron una reforma del Estado a través de unas cortes constituyentes; v. Antonio Moliner Prada (ed), *La guerra de la independencia en España (1808-1814)*, Barcelona: Nabla, 2007, p. 60).

³ V. Christian Demange, *op.cit.*, p. 233.

mostrador y del escritorio [...] que carece del sentimiento de rebeldía» y que se deja embaucar por republicanos y liberales.⁴

Era la época de un socialismo árido, abstracto, adusto, doctrinario y de cliché ideológico, incapaz de conectarse con el sentimiento popular y de entender la complejidad de los hechos históricos. Un cuarto de siglo después un ala radical del socialismo asumirá como tarea la lucha emancipadora antiimperialista; ese otro socialismo sí acabará reivindicando, andando el tiempo, la memoria colectiva del Dos de Mayo.

A pesar de esas voces discrepantes que apenas se dejaban escuchar, a pesar del boicot inicial a la celebración del centenario por parte del gobierno conservador de D. Antonio Maura (quien, en cambio, promovió a bombo y platillo —y a fuerza de subvenciones— el 7º centenario del nacimiento en Montpellier de Jaume Primer el Conqueridor), el resonante éxito de los actos populares del 2 de Mayo de 1908 reavivó una memoria colectiva que no es ajena a los grandes avances que (a pesar de todas las tragedias, desde la agresión estadounidense de 1898 a la sangrienta aventura rifeña) experimentó la España del primer tercio del siglo XX en muy diversos ámbitos: industrialización, legislación social, obras públicas, mantenimiento de la paz y la neutralidad internacional, mejoras en la administración, alfabetización, incorporación de la mujer al trabajo, avances jurídicos, elevación del nivel cultural, cosmopolitización, ensanches urbanos, progresos técnicos, auge y prestigio de las letras españolas, estrechamiento de relaciones con las hermanas naciones de Hispanoamérica, etc.

La memoria colectiva del Dos de Mayo no es la causa de tales progresos, que se habrían podido dar sin esa referencia. Ahora bien, a pesar de las convulsiones de ese período, esa memoria sirvió de estímulo y de símbolo que, en alguna medida, propició los avances de la nación hasta 1936 —aunque ya empezaba a flaquear, porque los sectores conservadores en el poder y la propia monarquía no tenían interés en ese recuerdo y porque el sector obrero —obnubilado por el dogmatismo— sólo atendía a esquemas ideológicos de espaldas a la realidad y a la conciencia popular.

En el período de la I Guerra Mundial, cuando S.M. el Rey («sólo yo y la canalla somos francófilos») forcejeaba —felizmente en vano— porque España se sumara a la *Entente* anglo-francesa, el Dos de Mayo era un recuerdo sumamente molesto, comoquiera que se mirase.⁵ Tampoco para la dictadura del Marqués de Estella podía ser una recordación muy deseable salvo como ceremonia puramente militar.

La referencia a 1808 adquiere, en cambio, un carácter de patetismo y exaltación en el Madrid del «¡No pasarán!» y en la pluma de Antonio Machado,

⁴ *Ibid.* p. 234.

⁵ V. el ABC del 2 de mayo de 1915; cf. Demange, p. 267.

vinculando y equiparando las dos gestas del pueblo de Madrid —la resistencia contra las tropas napoleónicas y el asalto al cuartel de la Montaña (en la misma zona de los fusilamientos de la Montaña del Príncipe Pío)— como sendas actuaciones de un pueblo soberano en la lucha contra la opresión y el atropello militar.⁶

La victoria del régimen nacional-sindicalista en 1939 trae consigo una recuperación del recuerdo colectivo que incurre en un anacronismo de signo inverso al de la mitologización liberal.⁷ Tales desbordamientos no van a durar mucho. La conmemoración del Dos de Mayo se va apagando desde 1950 en adelante. Las conmemoraciones se van reduciendo a ceremonias protocolarias o, a lo sumo, a festejos folclóricos locales, que en la villa de Madrid inician la quincena de S. Isidro Labrador.⁸ También va declinando la transmisión docente del recuerdo colectivo de aquellos hechos: quien esto escribe será, posiblemente, uno de los últimos a quienes en su niñez escolar se les enseñó de memoria la Oda al Dos de Mayo del republicano Bernardo López (1862-63).

§3.— 1808 no constituye el momento inicial de la nación política España; el fundamento de legitimidad de la lucha patriótica

La insurrección popular del Dos de Mayo —y semanas después de toda España— no constituye el surgimiento de una nación ni el origen de un pacto político entre los españoles para levantar o erigir una unidad que sólo entonces empezaría a existir.

No cabe, en este punto, compartir el distingo de Gustavo Bueno entre nación histórica y nación política. La nación política España (como cualquier nación) sólo puede existir habiendo ya existido. Y existía en la realidad de los hechos desde hacía siglos, aunque a la altura de 1808 tuviera un grado de existencia mucho mayor que cien o doscientos años antes.

Aparte de los redhibitorios defectos conceptuales inherentes a la idea misma del pacto social, bajo cualquier modalidad que se tome, y aparte de su carácter de mito inservible (que he criticado en otro trabajo), el hecho es que un pacto social no puede constituir una nación. Una decisión voluntarista de los habitantes de Ibiza,

⁶ V. Christian Demange, *op.cit.*, p. 271. El ABC republicano del 7 de noviembre de 1936 publica un cuadro de Rodríguez Acosta con la imagen de Agustina de Aragón, a la vez que la Pasionaria invita a los españoles a mostrarse dignos herederos de los héroes populares de la guerra de la independencia. El general Miaja termina una alocución radiofónica afirmando que el pueblo de Madrid sabe hacer honor a sus antepasados del 2 de Mayo.

⁷ V. Demange, pp. 272ss. El Generalísimo, años después, al aceptar la alcaldía honoraria de Móstoles en 1953 (*ibid.*, p. 274) estigmatiza la era liberal inaugurada en Cádiz en 1810 gracias al levantamiento popular del dos de Mayo: «aquel siglo maldito, aquella etapa de decadencia y desastres». A partir de la firma de los acuerdos con Washington del 26 de septiembre de 1953, la conmemoración del Dos de Mayo, ya muy apagada, se eclipsó casi del todo.

⁸ V. Demange, *op.cit.*, p. 276. El Dos de Mayo pasa a ser una fiesta folclórica y de barrio. La celebración del sesquicentenario en 1958 confirma el desinterés del régimen, atento a mejorar sus relaciones con los países amigos de la NATO, entre ellos Francia, contrario Rusia, el aliado de 1812-14.

Jutlandia, Trinidad y Ragusa, o de cualesquiera otras pluralidades de individuos arbitrariamente agrupados, de pactar la creación de una entidad política conjunta no puede fundar nada ni tiene ninguna legitimidad.

Lo que otorga legitimidad a una población para preservar su existencia como nación independiente o para alcanzarla con su lucha es que tal población tenga títulos preexistentes para aspirar a ser reconocida como nación por las demás naciones; unos títulos que sean sólidos, estables, arraigados, resistentes a los avatares y a los caprichos de los decisores. Lo serán más en unos casos, menos en otros; las más veces serán conflictivos, oscilantes, contradictorios respecto a otras reclamaciones también fundadas. Pero nunca puede tratarse de un escueto acto de voluntad colectiva, porque tal voluntad colectiva, por sí sola, no podría justificar las pretensiones de separación, de apropiación de un territorio, de reconocimiento internacional, en suma de soberanía.

La soberanía nacional no puede nunca jurídicamente basarse en una constitución o en un pacto. Al revés, la legitimidad de la constitución se basa en la soberanía nacional; y ésta es un atributo de la nación, una nación preexistente.

No se suscribe un pacto nacional como se firma un contrato. La constitución obliga a todos: a quienes están de acuerdo con ella y a quienes no lo están; a quienes comparten sus valores y a quienes los execran; a quienes desean preservarla y a quienes aspiran a reemplazarla por otra. La obligación de someterse a la constitución y a las leyes no viene, pues, de la constitución, sino que tiene un fundamento más básico, un principio de racionalidad normativa: el de contribuir, por acción y por omisión, al bien común, sin el cual la sociedad no es posible. Pero ese bien común es bien común ¿de quién o de quiénes? Es el bien común de la nación. (¡Esperemos que un día pueda ser el bien común de la Nación Humana, de la Patria terráquea!)

§4.— Más sobre el paralelismo entre las revoluciones haitiana y española

Empecé este trabajo recordando el paralelo entre la revolución haitiana y la española de comienzos del siglo XIX. Entre ambos hechos existen fortísimas vinculaciones que no siempre se han destacado como merecen. Algunas de las conexiones son meras coincidencias circunstanciales, podríamos decir anecdóticas; otras relaciones son más estrechas. Pero lo esencial es que son movimientos similares, en contra del sojuzgamiento extranjero y en defensa del derecho de los pueblos a no ser oprimidos.

La isla de La Española —territorio ultramarino de la corona de España desde el siglo XV— había sufrido los ataques de los bucaneros franceses en el XVII; Luis XIV logró establecer un asentamiento galo en la costa occidental de la isla, que se llamó «colonie de saint Domingue».

A fines del siglo XVIII —sea por la habilidad de los hacendados galos, sea por cómo estrujaban al máximo a sus esclavos— la pequeña colonia francesa, de sólo 27 mil Km² (frente a los 48 mil de la parte española de la isla), producía, por sí

sola, más de la mitad de todo el azúcar del planeta y era también el principal exportador de café. Más de un tercio del comercio exterior de Francia se hacía con esa diminuta colonia, lo cual daba trabajo a uno de cada ocho franceses. Esa colonia (lo que hoy llamamos «Haití») tiene entonces 560.000 habitantes; de ellos más de medio millón son esclavos negros y el resto, a partes iguales, se divide en colonos blancos franceses y mulatos manumitidos («hommes libres de couleur»). Es de sólo diez años la esperanza de vida de los esclavos —sometidos al trato más despiadado, que ni siquiera respeta el «Code noir» promulgado por Luis XIV en 1685—; como el número de muertes excede, así, el de nacimientos, esa población servil sólo se mantiene por la importación de 30.000 nuevos esclavos de África anualmente.

Al estallar la revolución francesa en julio de 1789 y al proclamarse la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano el 26 de agosto de ese mismo año, surgen fermentos reivindicativos tanto entre los hombres de color libres cuanto entre los esclavos, que piden la suavización del yugo con la abolición del castigo del látigo.

Siguen disturbios y sublevaciones. Los manumitidos de color llegan a tomar la capital, Puerto Príncipe, en noviembre de 1791. Pero, entre tanto, algo infinitamente más importante se está preparando. El 14 de agosto de 1791 en Bois-Caïman, en la zona boreal de la colonia, congréanse muchos esclavos bajo la doble autoridad de un sacerdote (Zamba Boukman) y una sacerdotisa (Cecilia Fátima) de la religión negra vudú; convinieron en una insurrección, la cual tendrá lugar efectivamente el 23 de agosto, siendo encabezada por dos valerosos y brillantes hombres que se revelarán jefes militares de talento: Juan-Francisco Papillon y Jorge Biassou. Entre los ayudantes del último está el futuro mártir de la independencia haitiana, François Dominique Toussaint Bréda, conocido por la posteridad como «Toussaint Louverture».

La insurrección consiguió mantenerse pese a la superioridad del colonialismo francés hasta que el 7 de marzo de 1793 la recién proclamada República francesa declara la guerra a la España de Carlos IV. Aunque, sobre el papel, España seguía siendo una gran potencia, en realidad había dejado de serlo desde 1659. La guerra con Francia se presentaba en 1793 como una tarea imposible, a pesar de haberse formado la primera coalición.

El gobierno de Godoy decide, entonces, apoyar a los esclavos sublevados en el Saint-Domingue francés. Como lo saben todos los lectores de Tito Livio, era corriente, ya en la antigüedad, la práctica de atraerse a los esclavos fugitivos del bando enemigo, prometiéndoles a cambio la libertad. Formáronse así las Tropas Auxiliares negras en el territorio español de Santo Domingo de La Española, que englobaban a los insurrectos del lado francés. Los dos mencionados hombres de armas seguirán fieles a España hasta su muerte: el brigadier Biassou murió en S. Agustín de la Florida (península que había retornado al dominio español por el Tratado de París de 1783) combatiendo contra la invasión inglesa en 1801; el general Juan Francisco moriría en Cádiz, al parecer en 1820 —tras haber escalado presuntamente posiciones en la jerarquía social.

Sin embargo, el 6 de Pluvioso del año II (4 de febrero de 1794) la convención nacional decreta abolir la esclavitud en las colonias. Toussaint deserta entonces del ejército español, aunque los principales líderes de la insurrección esclava no lo hacen.

Derrotada finalmente España en 1795, firma Godoy el tratado de Basilea (que hará de él el Príncipe de la Paz), cediendo a Francia el Sto Domingo español, lo cual deja a los franceses dueños de toda la isla.

El 18 de octubre de 1801 se firman en Amiens las cláusulas preliminares de paz entre Francia e Inglaterra (que desembocarán en el tratado de dicha ciudad picarda en marzo de 1802). Se prevé que los británicos restituyan a Francia la isla Martinica, en la cual, por haber caído en poder de los ingleses, no se había suprimido la esclavitud. Bonaparte ya había obligado a Carlos IV a devolver la Luisiana a Francia (a cambio de erigir el reino de Etruria para la infanta María Luisa y su esposo, Luis de Borbón-Parma; será ese reino el que se ofrezca en Bayona a Fernando VII en los primeros días del contubernio que allí celebrarán en la primavera de 1808 los miembros de la casa real española con su anfitrión Bonaparte).

El Primer Cónsul manda iniciar los preparativos (al principio subrepticios) para restaurar la esclavitud también en las otras antillas francesas: Guadalupe y Sto Domingo. El 20 de Pradial del año X (30 de mayo de 1802) el Primer Cónsul Bonaparte promulga un Decreto que restablece la trata negrera y la esclavitud en las colonias (si bien todavía no la extiende abiertamente a la Guadalupe ni a Sto. Domingo). Entre tanto, Toussaint Louverture ha ido erigiendo un Estado cuasi-independiente, aunque nominalmente bajo soberanía francesa.

Bonaparte envía a algunos de sus mejores ejércitos a imponer el restablecimiento de la esclavitud en las Antillas. En Guadalupe la expedición punitiva va mandada por el general Richepance, que perpetrará un exterminio en masa de los negros. Los soldados de color se insurgen pero son aplastados. El 10 de mayo de 1802 el coronel de infantería y comandante de la Basse-Terre, Luis Delgrès, vencido, decide, junto con sus hombres, en el fuerte de Matouba prender fuego al polvorín muriendo en esa explosión antes que rendirse a las fuerzas colonialistas. Luis Delgrès deja una Proclama que coincide con la filosofía jurídica subyacente al presente trabajo, de la cual extracto este breve pasaje:

À l'univers entier! C'est dans les plus beaux jours d'un siècle à jamais célèbre par le triomphe des lumières et de la philosophie qu'une classe d'infortunés qu'on veut anéantir se voit obligée de lever la voix vers la postérité, pour lui faire connaître, lorsqu'elle aura disparu, son innocence et ses malheurs. [...] Eh bien! Nous choisissons de mourir plus promptement. Osons le dire, les maximes de la tyrannie les plus atroces sont surpassées aujourd'hui. [...] dans le siècle de la philosophie il existe des hommes malheureusement trop puissants [...] qui ne veulent voir d'hommes noirs ou tirant leur origine de cette couleur que dans les fers de l'esclavage. [...] La résistance à l'oppression est un droit naturel. La divinité même ne peut être offensée que nous défendions notre cause; elle est celle de la justice et

de l'humanité [...]. Et toi, postérité! Accorde une larme à nos malheurs et nous mourrons satisfaits.

En Sto Domingo desembarca en febrero de 1802 el general Carlos Víctor Manuel Leclerc, cuñado del todavía Primer Cónsul (casado con Pauletta Buonaparte —o Pauline Bonaparte según la galicanización de su nombre). Lleva en su tropa caballería polaca (otra coincidencia con nuestra guerra de 1808). Al principio vencen los franceses, aplicando una guerra de exterminio (menos cruel que la que ejercerán al año siguiente). Toussaint se rinde. Llevado a Francia, Bonaparte lo mata de hambre y frío (7 de abril de 1803). Leclerc aplica las consignas de rigor de su cuñado haciendo ejecutar a mansalva a los negros.

Al confirmarse el restablecimiento de la esclavitud en la Guadalupe, el mulato Alexandre Pétion ordena un nuevo levantamiento general el 13 de octubre de 1802. Empieza a ser derrotado el ejército colonialista. Muere Leclerc en noviembre víctima de la fiebre amarilla.

Su sucesor, el vizconde Domiciano de Rochambeau, extrema la crueldad: perros de raza bull-dogs despedazan vivos a los cautivos negros, que expiran con la agonía más espantosa y prolongada; acúdense a otros innumerables suplicios ideados por el ingenio; por primera vez en la historia se emplean las armas químicas contra los rebeldes (gases sulfúricos) y otros procedimientos de exterminio en masa.

Al igual que sucederá en nuestra guerra de independencia, las atrocidades exacerban el odio de la población contra el yugo colonialista. El 18 de noviembre de 1803 el ejército expedicionario es derrotado en Vertières. Al día siguiente capitula el general-vizconde. Los franceses evacúan la isla. El 1 de enero de 1804 se proclama la independencia de la primera república negra, con el nombre de «République d'Haïti» (recuperando una antigua denominación, «Ayiti», de los primitivos aborígenes).

La guerra y las matanzas francesas habían reducido la población de los anteriores 560.000 habitantes a poco más de la mitad. (Es como si en nuestra guerra de la independencia hubieran perecido cinco millones de personas.)

Entre los diversos vínculos de ese conflicto con nuestra guerra de independencia están los siguientes: en ambos casos la guerra la inicia Francia trastornando el orden jurídico establecido (en Haití por el restablecimiento de la esclavitud, en España por una invasión armada y un golpe militar); en ambos casos son yernos de Bonaparte los jefes de sendas expediciones (los generales Leclerc y Murat, casados con Pauline y Caroline respectivamente); en ambos casos se trata de una lucha por la independencia contra el yugo extranjero.

Además, España tenía un compromiso moral con los esclavos haitianos, al haberles prometido la libertad si se sumaban —como así lo hicieron masivamente en 1793— a las fuerzas hispanas y al haber sido la parte oriental de la isla un territorio ultramarino español hasta 1795. (Una consecuencia jurídica del Tratado de Basilea entre España y Francia es que todos los esclavos de Sto. Domingo, de toda la isla,

adquirían la libertad. El restablecimiento de la esclavitud por la dictadura bonapartista implicaba una violación del Tratado.)

Al margen de todas esas coincidencias y relaciones en parte ocasionales, lo esencial es lo indicado al comienzo de este trabajo: que se trata de las dos primeras guerras revolucionarias y populares de liberación nacional, que sientan los precedentes para las que seguirán a lo largo de los siglos XIX y XX.

§5.— La recuperación de la memoria histórica de 1808

Se habla hoy de la recuperación de la memoria histórica.⁹ Hay un incipiente movimiento de ideas que va en el sentido de que, sin recuerdo del pasado, el presente carece de sentido. Se está empezando a reconocer que la libertad no se puede desligar de la lucha por la libertad, la cual no se inicia en la transición, sino que tiene una historia y una prehistoria. Insensiblemente la curiosidad y el afán de saber van abriendo brecha en las barreras al interés por la historia reciente de España; seguramente todavía se trata sólo de una minoría de jóvenes, pero es una minoría que hoy va en aumento.

Del interés por la historia de España en el siglo XX se pasa al interés por la historia del XIX. Hace unos años, cuando ya se aproximaba el bicentenario de 1808, no se oía a nadie hablar de conmemoración alguna.

Lo que vivimos hoy evoca la situación de un siglo atrás: recién festejado a bombo y platillo, en 1892, el cuatricentenario del descubrimiento de América, el gobierno español —según lo he recordado más arriba— quiso pasar de puntillas sobre el centenario de 1808. Un siglo después la historia se ha repetido. Al igual que en 1908, cuando ha llegado el año 2008 ha brotado, casi súbitamente, un interés por el inicio de la guerra de la independencia mucho mayor del que esperaban las altas esferas políticas. Está por ver hasta dónde llega y si ese interés confluye con la amplia tendencia en nuestra sociedad por restaurar el valor de la historia nacional (de la memoria histórica verídica) como uno de los valores superiores de nuestro ordenamiento jurídico-constitucional.

Terminaré este trabajo con un último apunte. Defender la vigencia de la memoria histórica (la de 1808 y, evidentemente, también la de todo el período posterior hasta nuestros días) no implica, en absoluto, preconizar la entronización de una versión oficial de los hechos; menos aún la instauración de una obligación de pensar o hablar de tales hechos en un sentido, o la prohibición de opiniones contrarias, según la mala costumbre de las tristemente célebres *lois mémorielles* francesas.

¡Todo lo contrario! Creo, sí, que nuestros textos jurídico-constitucionales deberían incorporar en su tabla de valores superiores los de la existencia de la nación

⁹. He abordado con mayor detalle este problema en mi libro *Estudios Republicanos: Contribución a la filosofía política y jurídica*, México/Madrid: Plaza y Valdés, 2009, cp. 4.

española y la preservación de la memoria histórica; creo que, a tal fin, han de propiciarse las investigaciones de los historiadores y de otros estudiosos; pero sin imponer desde el boletín oficial ninguna versión de los hechos. También creo que han de celebrarse actos de culto patriótico que rememoren los principales episodios de nuestra historia reciente —especialmente el Dos de Mayo, que debería ser la Fiesta Nacional de España.

Seguro de la fuerza de los argumentos que prueban las verdades históricas, sé que la propia comunidad de estudiosos y la propia sociedad española perfilarán una conciencia pública que irá dejando en su sitio las lecturas equivocadas que han prosperado en esos años en que la mirada al pasado se ha proscrito de la esfera de los debates públicos.